

**Bosquejo de los mensajes
para el Entrenamiento de Tiempo Completo
del semestre de otoño del 2025**

TEMA GENERAL:

**LOS PUNTOS CRUCIALES DE LA VERDAD EN LAS EPÍSTOLAS DE PABLO:
FILIPENSES Y COLOSENSES**

Mensaje catorce

**Permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones,
dejar que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros
y perseverar en la oración para un solo y nuevo hombre**

Lectura bíblica: Col. 3:15-17; 4:2-4

I. “La paz de Cristo sea el árbitro en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo Cuerpo; y sed agradecidos”—Col. 3:12-15; 2:14-18:

- A. Para que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones necesitamos ser aquellos que “[nos soportamos] unos a otros, y [nos perdonamos] unos a otros si alguno tiene queja contra otro. De la manera que el Señor os perdonó, así también hacedlo vosotros”—3:13:
 - 1. El Señor que perdona es nuestra vida y vive en nuestro interior; perdonar es una virtud de Su vida; cuando lo tomamos como nuestra vida y persona y vivimos por Él, perdonaremos a otros espontáneamente, es decir, esto llegará a ser una virtud de nuestra vida cristiana.
 - 2. También deberíamos estar agradecidos con el Señor; en la vida del Cuerpo, nuestro corazón siempre debería estar en una condición de paz para con los demás miembros y debería estar agradecido con el Señor.
- B. El término griego traducido “sea el árbitro” también puede ser traducido “juzgue, presida, sea entronizado como gobernador y como uno que toma todas las decisiones”; la paz de Cristo que es el árbitro en nuestros corazones anula las quejas que tengamos contra cualquier persona—vs. 15, 13.
- C. A menudo estamos conscientes de tres partidos que están en nuestro interior: un partido positivo, un partido negativo y un partido neutral; por tanto, es necesario que haya un arbitraje interno que resuelva la disputa en nuestro interior:
 - 1. Cada vez que percibimos que diferentes partidos en nuestro ser comienzan a argumentar, necesitamos dar lugar a la paz de Cristo que preside y permitir que esta paz, la cual es la unidad del nuevo hombre, gobierne en nuestro interior y tenga la última palabra.
 - 2. Necesitamos poner a un lado nuestra opinión, nuestro concepto, y escuchar la palabra del árbitro que mora en nosotros.
- D. Si permitimos que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones, esta paz resolverá todas las disputas que haya entre nosotros; tendremos paz con Dios verticalmente y con los santos horizontalmente:
 - 1. Mediante el arbitraje de la paz de Cristo, nuestros problemas son solucionados y la fricción entre los santos desaparece; entonces la vida de iglesia es preservada en dulzura y el nuevo hombre es guardado de una manera práctica.

2. El arbitraje efectuado por la paz de Cristo equivale a que Cristo obre en nuestro interior a fin de ejercer Su gobierno sobre nosotros, dar la última palabra y tomar la decisión final—cfr. Is. 9:6-7.
 3. Si permanecemos bajo el gobierno de la paz de Cristo que está entronizada, no ofenderemos a otros ni les haremos daño; más bien, por la gracia del Señor y con Su paz ministraremos vida a otros—1 Jn. 5:16a.
 4. Esta paz debería unir a todos los creyentes y llegar a ser el vínculo de la paz—Ef. 4:3.
- E. No solamente deberíamos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones, sino que también deberíamos estar agradecidos con el Señor; al llevar la vida que es propia del Cuerpo, nuestro corazón siempre debería estar en una condición de paz para con los demás miembros y debería estar agradecido con el Señor que nos cuida y salva cada día—Col. 3:15b; Sal. 107:1-2, 8, 15, 21, 31-32.

II. “La palabra de Cristo more ricamente en vosotros”—Col. 3:16-17:

- A. La palabra de Cristo en Colosenses tiene por finalidad revelar a Cristo (1:25-27) en Su preeminencia, centralidad y universalidad (vs. 16-17).
- B. El hecho de que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros significa que tiene suficiente cabida en nosotros para empapar y saturar todo nuestro ser; es crucial que dejemos que la palabra de Cristo entre en nosotros, more en nosotros, prevalezca en nosotros y reemplace nuestros conceptos, opiniones y filosofías—Sal. 119:130; cfr. Ap. 21:23; 22:5.
- C. Necesitamos permitir que la palabra del Señor tenga el primer lugar en nosotros a fin de que podamos experimentar las funciones que ejerce la palabra de Dios al operar en nuestro interior—Col. 3:16:
 1. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, ejerce la función de ministrar al Dios vivo a Sus buscadores—Sal. 119:2, 88.
 2. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, ejerce la función de impartir a Dios mismo como vida y luz en aquellos que aman la palabra—vs. 25, 50, 107, 116, 130, 154.
 3. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, ejerce la función de restaurar el alma del hombre y alegrar el corazón del hombre—19:7-8.
 4. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, ejerce la función de traernos la salvación—119:41, 170.
 5. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, ejerce la función de fortalecernos (v. 28), consolarnos (v. 76) y nutrirnos (v. 103).
 6. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, ejerce la función de sostenernos, mantenernos a salvo y hacer que tengamos esperanza—vs. 116-117, 49.
 7. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, hace que disfrutemos a Dios como nuestra porción—v. 57.
 8. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, hace que disfrutemos el semblante de Dios (v. 58) y el resplandor de Su rostro (v. 135).
 9. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, hace que disfrutemos a Dios como nuestro escondedero y escudo (v. 114) y también que disfrutemos el socorro de Dios y Sus buenos tratos (vs. 175, 65).
 10. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, ejerce la función de hacernos sabios y darnos entendimiento—vs. 98-99.

11. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, ejerce la función de darnos discernimiento y conocimiento apropiados—v. 66.
 12. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, ejerce la función de guardarnos de pecar y de toda mala senda—vs. 11, 101.
 13. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, nos guarda de tropezar (v. 165), afirma nuestros pasos y hace que venzamos la iniquidad (v. 133).
 14. La palabra viviente de Dios, la palabra de Cristo, nos purifica y embellece para que seamos Su novia—12:6; 119:140; Ef. 5:26-27; Is. 60:7b, 21; Sal. 27:4.
- D. El hecho de que la Palabra sea luz para nosotros o no en nuestra experiencia depende de nuestra actitud y condición al venir a la Palabra—Jn. 5:39-40:
1. Necesitamos humillarnos a nosotros mismos, no teniendo confianza en nosotros mismos, sino fijando la mirada en el Señor en busca de misericordia—Is. 57:15; 66:2.
 2. Todas las cámaras de nuestro ser interior deberían estar abiertas para recibir el resplandor del Señor—Pr. 20:27.
- E. No deberíamos fabricar ninguna luz; en lugar de ello, deberíamos depender del Señor para que nos ilumine—Is. 50:10-11.

III. “Perseverad en la oración”—Col. 4:2-4:

- A. Si oramos conforme a las instrucciones del Señor dadas en Lucas 11:1-13, el resultado será que entraremos en Dios al orar:
 1. A menudo en nuestra experiencia nos distraemos de Dios; no nos quedamos en Dios: no permanecemos en Él; debido a esto, necesitamos entrar en Dios al orar.
 2. Puesto que fácilmente nos distraemos de Dios, deberíamos pasar tiempo con Él cada mañana, entrando en Él al orar—Sal. 5:3; Is. 50:4.
 3. Si nuestra manera de orar nos distrae del Señor y no nos introduce en Él, deberíamos cambiar nuestra manera de orar a fin de entrar en Él al orar.
 4. Cuando entramos en Dios al orar, recibimos Sus riquezas (representadas por los panes, el pescado y el huevo) en nuestro ser para nuestro suministro—Lc. 11:5-13.
 5. Los panes representan las riquezas de la tierra; el pescado, las riquezas del mar; y los huevos, las riquezas de algo que se halla en el aire y en la tierra; el Espíritu Santo es la totalidad de estas riquezas.
 6. Cuando entramos en Dios al orar a fin de permanecer en Él, recibimos el Espíritu Santo como nuestro suministro de vida (representado por los panes, el pescado y el huevo) para poder alimentarnos a nosotros mismos y a todos los que están bajo nuestro cuidado—Mt. 24:45-46; 1 Jn. 5:16a; 2 Co. 3:6; Hch. 6:4.
 7. Necesitamos dedicar suficiente tiempo a la oración, contactándolo a Él a solas y en secreto de manera definida y prevaleciente—Lc. 11:13; Mt. 14:22-23; 6:6.
- B. Orar significa que comprendemos que no somos nada ni podemos hacer nada; esto implica que la oración es la verdadera experiencia de negarnos al yo—Mr. 8:34; 9:29; Col. 4:2; Gá. 2:20; Fil. 3:3; 4:6-7, 11-13.
- C. Orar en realidad es declarar: “Ya no yo, mas Cristo”; nuestra oración testifica que no ejercitamos nuestro esfuerzo propio para hacer frente a ninguna situación—Gá. 2:20; Ro. 10:12-13.
- D. Incluso en los detalles más pequeños necesitamos inquirir del Señor; hacer esto equivale a perseverar en la oración y, por ende, vivir a Cristo—Sal. 27:4; cfr. Jos. 9:14; Fil. 4:7-8.

- E. Necesitamos apartar tiempos específicos para la oración; nuestra actitud debería ser que la oración es nuestra empresa más importante y que no deberíamos permitir que nada interfiera con ella—Dn. 6:10; Hch. 12:5, 12.
- F. A fin de que Dios escuche nuestras oraciones necesitamos orar en dirección a los intereses de Dios, representados por la Tierra Santa, la ciudad santa y el templo santo—1 R. 8:48:
 - 1. La Tierra Santa tipifica a Cristo como porción que Dios ha asignado a los creyentes (Col. 1:12; 2:6-7; Dt. 8:7); la ciudad santa representa el reino de Dios en Cristo (Sal. 48:1-2); y el templo santo representa la casa de Dios, la iglesia, en la tierra (Ef. 2:21; 1 Ti. 3:15).
 - 2. Durante el cautiverio babilónico, Daniel oraba tres veces al día con sus ventanas abiertas en dirección a Jerusalén; esto indica que Dios escuchará nuestras oraciones cuando nuestras oraciones a Dios sean ofrecidas en dirección a Cristo, el reino de Dios y la casa de Dios como meta en la economía eterna de Dios—Dn. 6:10.
 - 3. Esto significa que sin importar por quién oremos, nuestras oraciones siempre deben estar dirigidas a los intereses de Dios, esto es, Cristo y la iglesia —los intereses de Dios en la tierra— para el cumplimiento de la economía de Dios.

IV. A medida que somos gobernados por la paz de Cristo y habitados por la palabra de Cristo al perseverar en la oración, Él nos empapa y reemplaza consigo mismo hasta que todas nuestras distinciones naturales hayan sido eliminadas y lleguemos a ser el nuevo hombre en realidad—Col. 3:15-17; 4:2-3; 3:10-11.